

EL DIABLO EN LA BOTELLA

DE GAULLE Y LOS COMUNISTAS

Veinticuatro horas fueron suficientes para que el general De Gaulle, retirado en su residencia privada, pudiese planear su estrategia para salvar a Francia del naufragio.

Las manifestaciones callejeras, la ocupación de fábricas, los edificios convertidos en vivienda de revolucionarios, la parálisis general del tráfico nacional, habían sumido a París y a las principales ciudades de Francia en un lamentable campo de suciedad, desorden y rebelión.

Es imposible calcular el porcentaje de habitantes de Francia que, de acuerdo con los revoltosos, pedían la destitución del general De Gaulle, o solamente algunas mejoras sociales, o pretendían fomentar la revolución y el caos, clima propicio para que alguna minoría se haga cargo del gobierno.

El "generoso" ofrecimiento de Mitterrand para ser presidente de la República, es un hecho muy significativo: el viejo líder comunista se ofrece con prontitud, en medio del caos estratégicamente promovido, porque en ese momento, ante la pasividad del presidente, hace falta "un salvador".

El viejo general, que no se considera gastado, no podía permitir que "el poder" pasase a manos de sus enemigos. Fue lo suficientemente astuto como para dejar la nave sin timón el tiempo necesario para que se notase su ausencia. Recién en ese momento "para salvar el poder ultrajado", empuñó nuevamente el timón de tal manera que produjese el efecto deseado.

Los franceses, siempre respetuosos de las ideas ajenas y grandes amigos de los comunistas, parecían haberse olvidado que fue el mismo general quien salvó a Francia de la crisis cuando De Gaulle fue llamado para hacerse cargo del gobierno por primera vez, y que fue el mismo comunismo el que llevó a la nación a tal estado.

El avezado general, otrora amigo de los soviéticos, en un supremo acto de estrategia política no dudó en echar la culpa a los comunistas señalándolos como autores del caos que vive la





nación. Tiene la singular prudencia para no sancionar a ninguno de ellos, conformándose con expulsar a 200 agitadores extranjeros que sirvieron de cabeza de turco.

La pérdida de sus amigos comunistas le hace volver los ojos a sus enemigos de otrora. El general Salam con otros generales líderes de las derechas, condenados por haber atentado contra el mismo general De Gaulle, son liberados de la cárcel, con la completa remisión de sus culpas. Parece ser el precio pagado por el amenazado y solitario Presidente para asegurar sus espaldas y reconquistar la total adhesión del ejército francés.

En adelante no podrá apoyarse en sus antiguos amigos comunistas, sino en antiguos enemigos derechistas que otrora hicieron peligrar su gobierno y su vida.

Francia, una vez más, se encuentra en la encrucijada que ha de resolver en las próximas elecciones. O apoyar a De Gaulle para salvar a la nación del caos y del comunismo, o entregarse definitivamente en manos de los izquierdistas, durante tantos años inactivos y ansiosos de poder.

UNIVERSIDAD SIN VIOLENCIA

La reforma estudiantil del año 18 se hizo para rejuvenecer la anticuada universidad de nuestros mayores. Todos reconocen que algo se consiguió con el movimiento reformista. La participación estudiantil en el gobierno universitario, suprema meta del movimiento reformista, dio oportunidad a los egresados y estudiantes para hacerse oír en los claustros en forma oficial. Simultáneamente, entró a formar parte de las sesiones y debates académicos un sistema parlamentario donde dos o más facciones en pugna trataban de imponer sus objetivos no siempre claramente manifiestos. La disconformidad callejera, la propaganda mural, las ocupaciones de Facultades, la destitución de decanos, fueron objetivos ardorosamente perseguidos, cuando no se habían conseguido por medios legales los pro-

pósitos de algún sector. Este proceder reaccionario habitual de los reformistas, no fue un secreto para nadie. Todos, aún los mismos estudiantes no politizados, se quejaban habitualmente de esta guerra universitaria que impedía el estudio y la tranquilidad aptas para la investigación. Pero, en el fondo, se veía como algo natural y lógico: los estudiantes son rebeldes, la juventud es inconformista. Todos se habían acostumbrado a este clima de violencia habitual en las aulas estudiantiles. Llegó a convertirse en algo consustanciado con la naturaleza del estudiante.

Para ser un profesor "actualizado" y gozar de prestigio entre la masa estudiantil hay que estar de acuerdo con esa violencia y opinar que "la rebeldía es justificada"; la rebeldía en sí misma, aunque no tenga objetivos claros. Un acto de rebeldía tiene la misma importancia ya se trate de un cambio de programas o de aumento de sueldos para los empleados administrativos, o de la guerra del Vietnam.

Hoy se siente la nostalgia de la rebeldía estudiantil. Los leves atisbos de celebrar el cincuentenario de la reforma fueron ahogados con gases y machucones a cachiporrazos. En otro tiempo no se podía estudiar por los desórdenes; hoy no se puede estudiar porque los universitarios se han convertido en colegios secundarios, donde hay que ir a clases y dar exámenes, por lo menos uno al año para no perder la inscripción. Ahora la Universidad ha dejado de ser democrática, porque no se pegan carteles en los pasillos, no se insultan a todos los enemigos políticos, y porque hay obligaciones que cumplir.

Hoy se clama por la antigua libertad. Sin embargo, nunca brotó la idea de hacer un plebiscito estudiantil para detectar el número de los estudiantes que quieren vivir una universidad donde solamente se estudie, se investigue, se trabaje, o en una que sea caja de resonancia de todas las inquietudes políticas, sociales y económicas libremente expresadas, en forma partidaria con un proselitismo actuante.